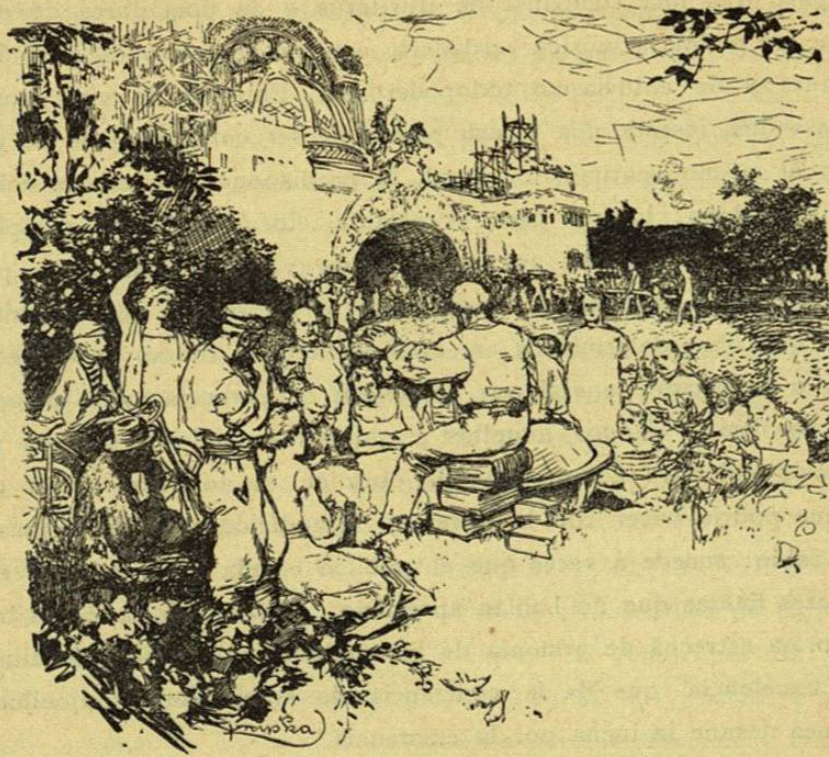


ponga de un acuerdo perfecto con el mecanismo inmenso de la Naturaleza, y cuando cada una de sus vibraciones se regule por la marcha de las estrellas, por el « ritmo sagrado de las estaciones y de las horas? » Hasta ese grado de perfección puede tener el hombre la esperanza de llegar si las yemas entrevistas se desarrollan en flores, si las fuerzas en germen no se paralizan por una enfermedad imprevista, si la educación de la humanidad continúa haciéndose como ya se ha hecho siguiendo una serie de sacudidas que producen el progreso.

¹ Louis Ménard, *Symbolisme des religions*.



PROGRESO

El verdadero progreso es la conquista del Pan y de la Instrucción para todos los hombres.

CAPÍTULO XII

DEFINICIÓN DEL PROGRESO. — EDAD DE ORO.
 EVOLUCIÓN GEOLÓGICA. — PROGRESO Y RETROCESO EN LA HISTORIA.
 VUELTA A LA NATURALEZA.
 SENCILLEZ PRIMITIVA DE LAS SOCIEDADES Y COMPLEJIDAD MODERNA.
 AYUDA MUTUA DE LAS NACIONES. — LEYES DEL DESPLAZAMIENTO
 DE LOS FOCOS. — CONQUISTA DEL ESPACIO Y DEL TIEMPO.
 CONQUISTA DEL PAN. — RENOVACIÓN DE LAS ENERGÍAS PERDIDAS.
 AFIRMACIÓN DEL PROGRESO.

TOMADA en sentido absoluto, la palabra « progreso » no tiene significación, puesto que el mundo es infinito, y en la inmensidad sin límites, se permanece siempre igualmente alejado del principio y del fin. Debiendo descomponerse el movimiento de la sociedad en los movimientos de los individuos que son elementos constitutivos, ¿qué progreso en sí puede determinarse para cada uno de esos seres cuya curva total se termina en algunos años, desde el

nacimiento á la muerte? ¿Qué progreso puede haber en la chispa que brota de un guijarro y se extingue en seguida en el aire frío?

Ha de tomarse, pues, en sentido mucho más restringido la idea de «progreso». El valor usual de esta palabra, tal como generalmente se emplea, es el que nos ha dado el historiador Gibbon, admitiendo que, «desde el principio del mundo, cada siglo ha aumentado y aumenta aún la riqueza real, la felicidad, la ciencia y quizá la virtud de la especie humana». Esta definición, que contiene cierta duda respecto de la evolución moral, ha sido tomada y diversamente modificada, extendida ó reducida por los escritores modernos, y queda de ella el hecho constante que el término de progreso significa en la opinión común la mejora general de la humanidad durante el período histórico. Pero conviene no atribuir á otros ciclos de la vida terrestre una evolución necesariamente análoga á la que la humanidad contemporánea ha recorrido. Las hipótesis muy plausibles que se refieren á los tiempos geológicos de nuestro planeta dan una gran probabilidad á la teoría de un balanceo de las edades, correspondientes en grandes proporciones al fenómeno alternante de nuestros veranos y de nuestros inviernos. Un vaivén que comprendería miles ó millones de años ó de siglos, produciría una sucesión de períodos distintos y contrastantes, que determinarían evoluciones vitales muy diferentes unas de otras. ¿Qué sería de la humanidad actual en una edad de «gran invierno» en que un nuevo período glacial cubriera las islas Británicas y la Escandinavia con un manto helado continuo y en que nuestros museos y bibliotecas fueran destruidos por el hielo? ¿Puede esperarse que los dos polos no se enfriarán simultáneamente y que el hombre podrá sobrevivir adaptándose poco á poco á las nuevas condiciones y llevando hacia los países cálidos los tesoros de nuestra civilización actual? Pero si el enfriamiento es general, puede aducirse que una disminución sensible del calor solar, origen de toda vida, y el agotamiento gradual de nuestros depósitos de energía, coincidan con un desarrollo incesante de la cultura en el sentido de mejora y con un verdadero progreso. En el período contemporáneo podemos ya comprobar que las consecuencias normales de la desecación telúrica, sucesora de la época glacial, han causado fenómenos incontestables de regresión en

las comarcas del Asia central. Los ríos y los lagos agotados y las filas de dunas invasoras han producido la desaparición de ciudades, de civilizaciones y hasta de nacionalidades. El desierto de arena ha reemplazado los campos y las ciudades. El hombre ha sido impotente contra la naturaleza hostil.

Cualquiera que sea la noción que uno se forme del progreso, un punto queda fuera de duda, á saber: en diversas épocas han surgido individuos que, por algún rasgo especial, se colocan en primer término entre los hombres de todos los tiempos y de todos los países. Recuérdanse á veintenas los nombres de los personajes que por la perspicacia, la intensidad de su trabajo, una bondad profunda, la virtud moral, el sentido artístico ó por cualquier otro aspecto del carácter ó del talento, constituyen, en su esfera particular, tipos perfectos, insuperables. La historia de Grecia ofrece grandes ejemplos, pero otros grupos humanos los han poseído también, habiéndonos sido preciso frecuentemente adivinarlos tras de los mitos y las leyendas. ¿Quién podría creerse mejor que Çakya-Muni, más artista que Fidias, más inventor que Arquímedes, más prudente que Marco Aurelio? El progreso durante los tres mil años recientes, consistiría, si existe, en una difusión más amplia de esa iniciativa, antes reservada á algunos, y en un mejor aprovechamiento social de los cerebros geniales.

Algunos grandes pensadores no se contentan con admitir esas restricciones capitales á la noción del progreso y hasta niegan que pueda haber mejora positiva en el estado general de la humanidad. Toda impresión de progreso sería para ellos mera ilusión y sólo tendría un valor puramente personal. Para la mayoría de los hombres, el hecho del cambio se confunde con la idea de progreso ó de retroceso según se acerque ó se aleje del grado particular ocupado por el observador en la escala de los seres. Los misioneros que encuentran bellos salvajes, moviéndose libremente en su desnudez, creen hacerles «progresar» dándoles pantalones y blusas, zapatos y sombreros, catecismos y biblias, y enseñándoles á salmodiar en inglés ó en latín. ¡Cantos de triunfo en honor del progreso han acompañado las inauguraciones de fábricas industriales con sus anejos de tabernas y hospitales¹.

¹ Havelock Ellis, *The Nineteenth Century*.

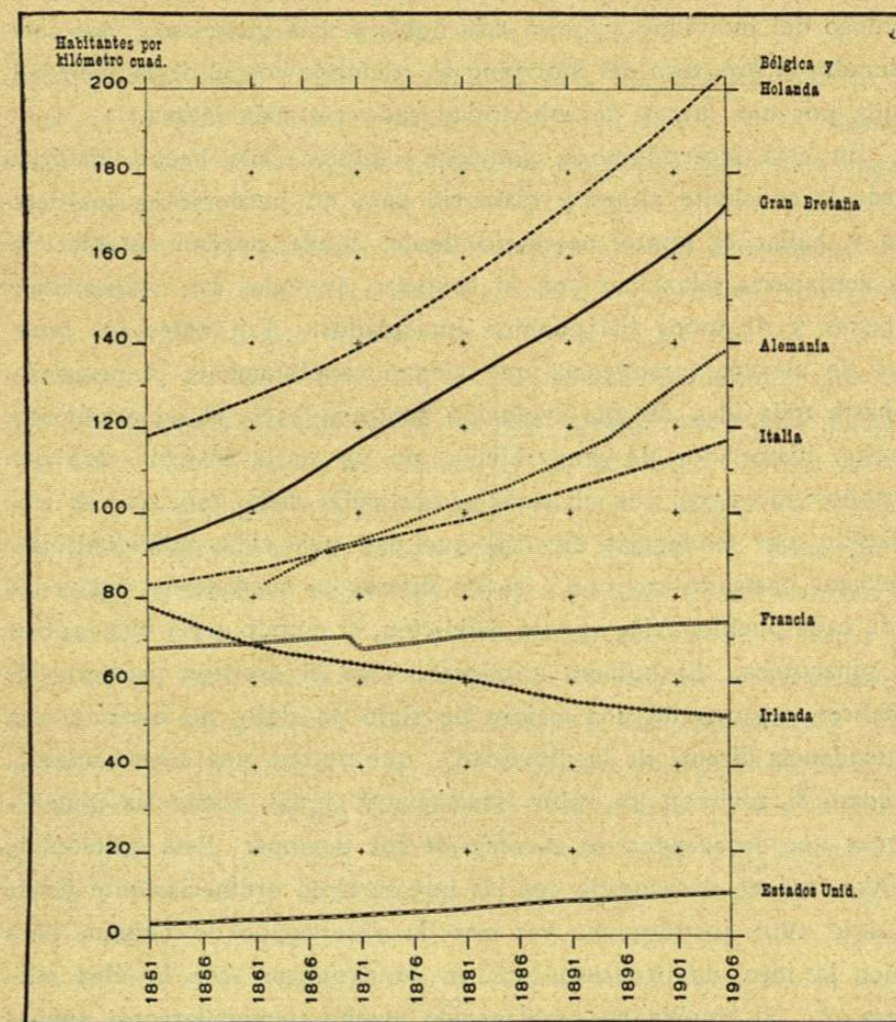
Claro es que la industria trae reales progresos en su séquito, pero ¿con qué salvedades importa criticar los detalles de esta gran evolución! Las miserables poblaciones del Lancashire y de Silesia nos muestran que no todo han sido progresos en su historia! No basta cambiar de estado y entrar en una nueva clase para adquirir mayor suma de felicidad; hay actualmente millones de obreros industriales, de costureras y de criadas que recuerdan con lágrimas la cabaña maternal, las danzas al aire libre bajo el árbol patrimonial y las veladas junto al hogar. ¿Y de qué clase es el supuesto progreso para las gentes del Kamerun y del Togo, que tienen el honor de cobijarse bajo el estandarte germánico, ó para los Arabes argelinos que beben el aperitivo y se expresan elegantemente en la jerga parisiense?

La palabra «civilización», que se emplea ordinariamente para indicar el estado progresivo de tal ó cual nación, es, como la voz «progreso», una de esas expresiones vagas cuyos diversos sentidos se confunden. Para la mayoría de los individuos, sólo caracteriza el refinamiento de las costumbres y sobre todo los hábitos exteriores de urbanidad, lo que no impide que hombres de aspecto rudo y de maneras bruscas puedan tener una moralidad superior á la de los cortesanos de suprema elegancia. Otros no ven en la civilización más que el conjunto de todas las mejoras materiales debidas á la ciencia y á la industria moderna: ferrocarriles, telescopios y microscopios, telégrafos y teléfonos, dirigibles y máquinas voladoras y otros inventos, les parecen testimonios suficientes del progreso colectivo de la sociedad; no quieren saber más ni penetrar en las profundidades del inmenso organismo social. Pero los que le estudian desde su origen, hallan que cada nación «civilizada» se compone de clases superpuestas que representan en este siglo toda la serie de los siglos anteriores con sus culturas intelectuales y morales correspondientes. La sociedad actual contiene en sí todas las sociedades anteriores en estado de supervivencias, y, por efecto del contacto inmediato, las situaciones externas presentan una desviación notabilísima.

Evidentemente, la palabra «progreso» se presta á los mayores equívocos, según la acepción en que se tome por los que la pronuncian. Por miles podrían contarse las diversas definiciones del

nirvana entre los budhistas y los intérpretes de su religión; así también, según el ideal que dan á su vida, pueden considerar los filósofos como «marcha adelante» las más diferentes y hasta las más

N.º 589. Uno de los aspectos del progreso, variación de la densidad de la población.



contradictorias evoluciones. Hay quienes consideran el reposo como el soberano bien, y hacen votos, si no para la muerte, al menos para la tranquilidad perfecta del cuerpo y de la mente; para el «orden», aun cuando no represente sino la rutina. El progreso, tal como lo comprenden esos seres fatigados, es muy diferente de como le entienden los hombres que prefieren una peligrosa libertad á una

pacífica servidumbre. Sin embargo, la opinión media relativa al progreso coincide con la de Gibbon y comprende la mejora del ser físico desde el punto de vista de la salud, la riqueza material, el aumento de los conocimientos y, por último, el perfeccionamiento del carácter, convertido ciertamente en menos cruel, hasta más respetuoso del individuo y quizá más noble y más generoso. Así considerado, el progreso del individuo se confunde con el de la sociedad, unida por una fuerza de solidaridad cada vez más íntima.

En esta incertidumbre, conviene estudiar cada hecho histórico desde la suficiente altura y distancia para no perderse en los detalles y hallar el punto necesario desde donde puedan establecerse las verdaderas relaciones con el conjunto de todas las civilizaciones conexas y de todos los pueblos interesados. Así, entre los hombres de elevada inteligencia que niegan absolutamente el progreso, y hasta toda idea de una evolución continua hacia el mejoramiento, Ranke, historiador de gran relieve, no ve en la historia más que periodos sucesivos, con su carácter particular cada uno, que se manifiestan por tendencias diversas que dan una vida individual, imprevista, hasta «atractiva»¹ en los diferentes cuadros de cada edad y de cada pueblo. Según esta definición, el mundo sería una especie de pinacoteca. Si hubiera progreso, dice el escritor piadoso, los hombres, seguros de una mejora de siglo en siglo, no estarían «en dependencia directa de la divinidad», que ve con una misma mirada, y como si tuvieran un valor exactamente igual, todas las generaciones que se suceden en la serie de los tiempos. Esta opinión de Ranke, tan en desacuerdo con las que se oyen ordinariamente desde el siglo XVIII, justifica una vez más la observación de Guyau, para quien la idea de progreso está en antagonismo con la idea religiosa². Si aquélla ha permanecido mucho tiempo latente, apenas sentida por los filósofos más ilustres del mundo antiguo; si no ha adquirido vida y plena conciencia de sí misma sino con el Renacimiento y las revoluciones modernas, débese al imperio absoluto de los dioses y de los dogmas, que se prolongó durante las edades

¹ Die Historie bekommt einen eigenthümlichen Reiz. *Weltgeschichte*. Neunte Theil, II, págs. 4 y siguientes.

² *Morale d'Epicure*, ps. 153 y siguientes.

antiguas y medioevales. En efecto, toda religión parte del principio de que el universo salió de las manos de un creador, es decir, comienza por la perfección suprema. Como dice la Biblia, Dios miró su obra y vió que era «buena», hasta «muy buena»¹. Partiendo de ese primer estado, marcado con el sello de la divinidad, el movimiento, bajo la acción de los hombres imperfectos, no puede continuarse más que en el sentido de la decadencia y de la caída: el retroceso es fatal. Desde la edad de oro, las criaturas acaban por caer en la edad de hierro; salen del paraíso donde vivían dichosas, para abismarse en las aguas del diluvio, de donde salen para vegetar en lo sucesivo.

Además, las instituciones permanentes de las monarquías y de las aristocracias, todos los cultos oficiales y cerrados, fundados y hasta amurallados por hombres que tenían la pretensión y aun la certidumbre de haber realizado la perfección, presuponían que toda revolución, todo cambio debe ser una caída, una vuelta hacia la barbarie. Por su parte, los abuelos y los padres, «con sus alabanzas del tiempo pasado», contribuían, con los dioses y los reyes, á denigrar el presente en comparación del pasado y á prejuizar en las ideas la fatalidad de la regresión. Los hijos tienen una tendencia natural á considerar á sus padres seres superiores, y estos padres habían hecho lo mismo respecto de los suyos; el resultado de todos esos sentimientos, depositándose en las mentalidades como aluviones en las orillas de un río, tuvo por consecuencia hacer un verdadero dogma de la decadencia irremediable de los hombres. ¿No es aún en nuestros días una costumbre general discurrir en prosa y verso sobre la «corrupción del siglo?» Así, por una absoluta falta de lógica, inconsciente casi siempre, aquellos mismos que ponderan los «progresos irresistibles de la humanidad» suelen hablar de su «decadencia». Dos corrientes contrarias se cruzan en su lenguaje lo mismo que en sus impresiones: las antiguas concepciones chocan contra las nuevas, hasta en aquellos mismos que reflexionan y que no hablan á la ligera. La decadencia de las religiones suele hallarse interrumpida por renovaciones repentinas, pero

¹ Génesis, cap. I, vers. 10, 12, 18, 21, 25, 31.